

En el centenario de la Revolución rusa

Se cumplen cien años de la llamada Revolución de Octubre que culminó en Petrogrado, hoy San Petersburgo, con la llegada al poder el 8 de noviembre de 1917 (25 de octubre en el calendario juliano) de los bolcheviques de Vladimir Lenin, que derrocaron al Gobierno Provisional en el poder desde la Revolución de Febrero y la abdicación del Zar. Como tantas veces en la historia, se convertía en líder absoluto de un país una minoría, en este caso de intelectuales urbanos, con escasas conexiones reales con los dilemas y sufrimientos de la población, mayoritariamente campesina en el caso ruso. La revolución trajo finalmente el comunismo y el nacimiento en 1922 de la Unión Soviética, trágica protagonista de la historia mundial durante gran parte del siglo xx. Pero recordar la Revolución Rusa también nos obliga a abordarla como un fenómeno de masas. Los ideales de igualdad y cooperación que inspiraron la base teórica del proceso siguen siendo una poderosa fuerza ideológica. La fallida aplicación de esos ideales por el comunismo soviético no ha disminuido el peso de la Revolución como un referente estético, y desde luego como un aldabonazo moral. Las imágenes de los líderes revolucionarios se han convertido en iconos de la era global, y partidos políticos en todo el mundo aún proclaman formar parte del linaje nacido en 1917.

La cerilla del fumador

Si hay una decisión fatal en el curso de la historia de la Primera Guerra Mundial, quizás es la de Nicolás II de sustituir avanzado el año 1915 a su pariente Nicolás Nicolaievich como comandante en

jefe del ejército ruso. Hasta entonces el Imperio había sufrido lo peor de la Guerra Mundial en el frente oriental y sus tropas se batían en retirada, ante el empuje del ejército alemán. Las batallas de Tannenberg y de los Lagos Masurianos, al comienzo de la contienda, habían supuesto un signo ominoso de lo que iba a ser —en gran medida— el desempeño ruso en aquel conflicto. Los acontecimientos que se desencadenarían en gran parte a caballo de esa decisión cambiarían la historia de Rusia y de la humanidad.

Usando las palabras de Pierre Vilar, al analizar la historia, como el científico que estudia una explosión, debemos preguntarnos tanto por la cerilla del fumador, como por la ley general de los gases inflamables. Todo lo referente a las semanas y los meses previos a la Revolución de Febrero (8-12 de marzo de 1917) corresponde al primero de esos factores. Al asumir el Zar el mando del ejército dejaba Petrogrado en manos de la Zarina, universalmente despreciada por su origen alemán y por la connivencia de la familia imperial con el siniestro Rasputín, mientras que los generales encontraban en el soberano el perfecto chivo expiatorio para futuros desastres militares. En la Stavka (el cuartel general ruso) a centenares de kilómetros de Moscú o de Petrogrado, poco podía hacer el Zar para controlar una situación política que se deterioraba al mismo ritmo que la suerte de sus ejércitos en el frente. No solo eso. A la falta de medios de los soldados rusos y la escasez de oficiales, se sumaba una población que sufría de manera dramática los efectos de una guerra que acrecentaba el daño provocado por un estado autoritario e incapaz, desprestigiado tras décadas de fracaso en el exterior e ineficacia y crueldad en su política interna.

Es ese el momento en el que el drama cotidiano de la vida rusa se convierte en un fenómeno global. La carestía, el descontento y la derrota provocaron una primera revolución, la de Febrero, aquella que el Zar en su distancia no pudo evitar. Además de liquidar en apenas unas horas el imperio de los Romanov, aquella fue una revuelta casi universal contra un poder incompetente, que pretendía arrumbar las viejas estructuras del pasado y convertir a Rusia en una república parlamentaria, mientras se continuaba luchando en la guerra, junto a franceses y británicos. Es la historia de la democracia rusa que no pudo ser. Su existencia, conflictiva y ambivalente, en la que ya se adivina el auge imparable de los soviets, no pudo solucionar

la ecuación imposible de la voluntad de una regeneración política del país hasta los cimientos, que fuese incruenta, sin abordar en el proceso la principal demanda de la población —de la urbana y de la campesina— en aquel momento: el fin de la guerra a cualquier precio. El líder de la hora, Aleksandr Kérenski, pese a sus buenas intenciones, pese a tener el potencial de haber podido frenar a los radicales bolcheviques desde su socialismo más moderado, fracasó por su incapacidad de dar respuesta a esa imposible ecuación. Frente a todo ello, la promesa bolchevique de *paz, pan y todo el poder para los soviets*, era imbatible.

El tiempo largo

Si la sucesión de acontecimientos de 1917 y la propia dinámica de la I Guerra Mundial precipitaron la caída del zarismo, existían fuerzas presentes en la propia Rusia, y desde luego más allá de sus fronteras, que prefiguraban la ideología triunfante en octubre de 1917. Durante el siglo XIX habían convivido en Europa la fuerza apabullante del nacionalismo y el imperialismo, engolfadas por el dominio que los estados del continente ejercían sobre todo el planeta, con la tenaz toma de conciencia de la llamada clase trabajadora de su propia identidad, y de lo dramático de sus circunstancias. No sólo en las monarquías autoritarias sino asimismo en las democracias burguesas. El proceso de pequeñas guerras y revoluciones liberales tuvo siempre al proletariado como actor, pero pocas veces como protagonista; al mismo tiempo que el crecimiento económico, desbocado y poco coherente, acrecentaba el sentimiento de injusticia y de alargada desigualdad, con condiciones de vida cada vez más precarias y una deshumanización rampante.

La lógica prevista por Karl Marx, como teórico de las contradicciones de su tiempo y de la revolución que habría de venir, era el colapso final de un sistema basado en la competición y la explotación, en la forma de una revolución para acabar con todas las revoluciones, y que estableciese un sistema económico basado en la igualdad. Su lógica exigía que esa revolución se iniciase en uno de los grandes estados capitalistas: Gran Bretaña, el Imperio Alemán o Francia. Quizás la mayor ironía de la historia del comunismo fue que la revolución prevista por Marx tuvo lugar en un estado atrasado y

agrario, en el que sólo una minoría urbana podía empatizar con los objetivos del comunismo. El medio rural se hubiese conformado con una desamortización masiva de las tierras pertenecientes a la Corona y a la Iglesia (además de con el fin de la guerra) y, de hecho, pronto acabaría entrando en conflicto con los líderes soviéticos tras la revolución. Pero Lenin, y con él la facción del *Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia* que lideró (los bolcheviques), creían que la Revolución podría triunfar en Rusia si se extendía en el tiempo, lo que en teoría comunista se denomina *dictadura del proletariado*. Esta funcionaría no como un periodo de breve tránsito hacia el *paraíso socialista*, sino que se convertiría en un fin en sí misma, con el objetivo de despertar en la población un celo político del que carecía, al mismo tiempo que, desde esa misma dictadura, se generaba la base económica necesaria para poder llegar, finalmente, al paraíso de la sociedad sin clases.

El resultado

Nikita Jrushchov fue el único líder de la Rusia Soviética que, espoleado por el gran crecimiento económico del país tras la Segunda Guerra Mundial, se atrevió a teorizar sobre el momento en el que esa dictadura del proletariado daría pie a un socialismo pleno, lo que cifró a finales del siglo xx. Él que había sido su estrecho colaborador, también se atrevió a criticar a Stalin tras su muerte y a revisar algunas de sus decisiones. No tardó en ser depuesto al considerarse erráticas sus políticas y fue sustituido por Brezhnev.

Si bien es cierto que, en sí mismo, el proceso revolucionario que conmemoramos no conducía inexorablemente a un régimen comunista dictatorial, este fue el que acabó desarrollándose en Rusia. En efecto, hay quienes piensan que los orígenes de la revolución marcaban un futuro distinto, y que la llamada Nueva Política Económica de Lenin tras la Guerra Civil Rusa (1917-1923) señalaba el acervo realista y constructivo del líder soviético. Habría sido con el ascenso de Stalin, con sus purgas masivas y con el triunfo de un pensamiento único y brutal, que la revolución se torció, acabando con la vida de millones de personas. Sea como fuere, cuando Mijaíl Gorbachov intentó recuperar la *ilusión* de los primeros tiempos, y devolver la revolución a los ideales de Lenin, ya era demasiado tarde. Pero

es que también, desde su mismo origen, la Revolución rusa incluía numerosas contradicciones, aunque el propósito pudiese parecer noble: crear un hombre nuevo. La propia voluntad creadora y el carácter total de la empresa impelían necesariamente al maximalismo, y a despreciar a los seres humanos del presente como algo sacrificable en el proceso de elaboración de una sociedad renovada. Esa ambición, que se refleja en el mismo arte y arquitectura soviéticos, se muestra en toda su crudeza tanto en la supresión de la pluralidad ideológica y de la diversidad cultural como en la persecución religiosa. Así, la Revolución de 1917 inauguró un proceso inédito que, puede decirse sin ambages, fracasó estrepitosamente. No ayudó el haber germinado en un estado tan complejo y carente de tradición democrática como era Rusia, pero, sobre todo, que el propio proyecto, tal y como se acabó planteando, colisionaba además con la misma naturaleza humana.

Sin embargo, como decíamos al comienzo de estas líneas, hoy en día, los líderes, la estética y una visión apenas esbozada de la Revolución rusa y de sus resultados, continúan siendo un elemento de referencia, estético y político, en la sociedad global. Si los jóvenes de hoy, y no solo ellos, siguen volviendo la mirada a lo que pasó en Rusia hace cien años, como diría Norberto Bobbio, es porque, si bien el proyecto político nacido de la Revolución ha fracasado, perdura el ideal presente en sus orígenes de igualdad y de lucha contra la injusticia lacerante en la Rusia de aquel tiempo. Esos ideales siguen siendo válidos hoy en día, aunque los medios y las mediaciones que entonces se eligieron se hayan revelado fallidos. Conmemorar esta efeméride debe animarnos a la necesaria reflexión sobre las formas más adecuadas de vehicular estos anhelos de lucha por la justicia dondequiera que se produzcan, pues continúa siendo actual la enseñanza de Pío XI en 1931: «A cada cual, por consiguiente, debe dársele lo suyo en la distribución de los bienes, siendo necesario que la partición de los bienes creados se revoque y se ajuste a las normas del bien común o de la justicia social, pues cualquier persona sensata ve cuán gravísimo trastorno acarrea consigo esta enorme diferencia actual entre unos pocos cargados de fabulosas riquezas y la incontable multitud de los necesitados» (*Quadragesimo Anno*, 58). ■

SALTERRAE



JUAN MARÍA URIARTE
**La oración
en la vida del presbítero**

Más información, en
www.gcloyola.com

Los cristianos y miembros de la Iglesia no somos, ni teológica ni espiritualmente, «unisex». Dentro de la gran vocación cristiana existen vocaciones específicas que tienen su densidad y su perfil teológico propio. Son vocaciones particulares la religiosa, la presbiteral y la laical. Cada una de ellas vive la espiritualidad cristiana de acuerdo con los caracteres propios nacidos de su vocación específica. Aquí Juan María Uriarte se detiene, con el talante pastoral que le caracteriza, en la oración como aspecto fundamental de la vida del presbítero



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
